probar que el carcelero y el preso disfrutaban de igual libertad. Como si el preso que por benevolencia del carcelero goza de cierta libertad por un momento, dejara de estar preso, como si el verdugo que juega con su víctima no fuera más cruel que el que solamente se ensaña con ella.

Los ministros italianos no se opusieron á sus principios, representando una farsa hipócrita y cobarde; los católicos contradirian á los suyos dejándose engañar, no viendo en los ministros italianos á dóciles instrumentos que manejó á su gusto la Providencia.

El hombre se agita pero Dios le conduce; y los ministros italianos fueron reducidos á defender la libertad del Conclave, como Balaam cantó á pesar suyo las glorias del Señor, como los grandes perseguidores sirven las más de las veces, sin saberlo, los intereses de la Iglesia.

Salutem ex inimicis nostris.

VII.

LOS ESCRUTINIOS.—ELECCION Y ADORACION. LEON XIII.—SU HUMILDAD.

Este Conclave en que reinó tanto órden, en que se vió tan claramente la unidad de la Iglesia y el concierto cardenalicio, solo contaba en su seno cuatro Cardenales nombrados por Gregorio XVI, que pudieran recordar lo acaecido en el Conclave de 1846: y de estos, el Cardenal Amat habia estado enfermo en aquel tiempo, el Cardenal Schwarzemberg no habia asistido á él por haber llegado tarde; el Cardenal Asquini declaró que sus recuerdos eran muy confusos, y el Cardenal Caraffa, muy anciano, dijo al ser interrogado, que de nada se acordaba.

El primer escrutinio tuvo lugar á las 9 de la mañana del dia 19. Despues de implorar rendidamente la asistencia del Espíritu Santo, acercábase cada Cardenal á depositar su sufragio en el sagrado Cáliz, ante el altar del Dios vivo, con esta solemne protesta:

Testor Christum Dominum, qui me judicaturus est, me eligere quem secundum Deum judico eligi debere.

"Pongo por testigo á Cristo Señor que me ha de juzgar, que elijo á aquel que segun Dios debe ser elegido."

En este primer escrutinio, el Cardenal Pecci obtuvo 19 votos (1), con lo cual el Camarlengo empezó á llamar la atencion. Mas éste escrutinio fué nulificado á consecuencia de algunas irregularidades de forma: una de las papeletas llevaba marcados en el sello el Capelo y los piocchi cardenalicios, y está ordenado por las Constituciones que el sello no contenga nada que pueda indicar al que vota.

Procedióse, por tanto, á otro escrutinio, el primero en realidad, y éste fué su resultado.

Cardenal Pecci	17	votos (por escrutinio).
,, ,,	9	,, (por accesion).
Cardenal Billio	17	,,
,, De Luca	6	,,
,, Ferrieri	4	,,
,, Franchi	4	,,
,, Monaco de la Valeta	4	,,
,, Guidi	1	,,
,, Martinelli	1	,,
,, Caterini	1	,,
,, Ledochowski	1	,,

×

En la tarde del mismo 16 se verificó el segundo escrutinio, y los electores que habian dado ya su voto al Cardenal Pecci lo confirmaron, y se les juntaron algunos más, de manera que el Camarlengo obtuvo 34 votos, 25 por escrutinio y 9 por *accesion*. Esta es una segunda votacion, en la cual los Cardenales que votaron á uno de sus colegas que obtuvo pocos votos, votan al que obtuvo más.

Ninguno de los otros Cardenales alcanzó más de 6

(1) Margotti *L' Unitá Cattolica* de 1º de Marzo de 1878.

votos; solo S. Emma Martinelli obtuvo 3 en vez de uno del primer escrutinio.

Más habiendo escrito un Cardenal español en su papeleta *Johanne Peccio*, fué anulado su voto á peticion del mismo Camarlengo, quien reclamó, diciendo:

—*Non valet quia quisque eminentissimorum habet tabellam typis impresam cum nominibus dominorum Cardinalium.*

Los felices resultados obtenidos presagiaban que la eleccion no se haria esperar por largo tiempo; y para llegar más pronto á una solucion, los Cardenales De Lucca, Franchi y Billio, suplicaron á sus venerables colegas prestaran sus votos al que desde el primer dia reunía con justo título una mayoría considerable.

×

Al dia siguiente, miércoles 20, verificóse el escrutinio por la mañana con la acostumbrada solemnidad, en esa maravillosa Capilla Sixtina que el génio del hombre iluminado con los más espléndidos resplandores del arte, adornó con tantas obras maestras; allí 62 Cardenales (queda dicho que el Patriarca de Lisboa, llegado la víspera, fué admitido al Conclave), vestidos de roquete y muceta, y con la birreta cardenalicia en la cabeza, sentáronse en sus tronos, y escribió cada cual su papeleta en medio del más profundo silencio. Cuando estuvieron escritas y selladas, se eligieron por suerte tres escrutadores, que fueron á colocarse al pié del altar, dos á la derecha y uno à la izquierda. Nombráronse tres enfermeros, encargados de ir á recoger el voto del Cardenal Amat, quien por su enfermedad no habia entrado á la Capilla.

Dejaron despues los Cardenales su trono, y se encaminaron al medio de la nave, yendo procesionalmente, uno por uno, hasta el altar, en el cual estaba puesta al lado de un gran Cáliz de oro la fórmula del juramento, escrita con grandes caractéres. Al llegar cada Cardenal al pié del altar, se colocaba frente al Cáliz, pronunciaba el juramento

en alta voz, depositaba su voto en la patena, lo introducia en el Cáliz y se volvia á su sitio.

Terminada la ceremonia, los tres escrutadores, que lo eran el Card. Regnier, francés, el Card. Mikelowski, polaco, y el Card. Franzlin, alemán, contaron 44 VOTOS en favor del Card. Pecci, que quedó electo Pontífice, pues la mayoría de las dos terceras partes estaba fijada en 42 votos. Los 18 restantes se repartieron así:

Card.	Franchi	11	votos.
,,	Mertel	3	,,
,,	Simeoni	2	,,
,,	Bonaparte	1	,,
,,	Ledochowski	1	,,

×

A consecuencia de esta votacion, los Cardenales Franchi y Billio, que eran despues del Card. Pecci, los que habian reunido más votos en los primeros escrutinios, se levantaron, y acompañados de algunos otros, fueron á posternarse ante el Camarlengo. Todos siguieron este ejemplo: el voto le habia dado la mayoría y la ADORACION añadió la unanimidad de los sufragios.

Terminada la votacion, el Cardenal Di Pietro, en su calidad de subdecano del Sacro Colegio, llamó á monseñor Martinucci y le comunicó las órdenes oportunas para las ceremonias que debian verificarse. Lamó éste á su vez á los maestros de ceremonias, é inmediatamente fueron bajados todos los doceles que cubrian los tronos de los Cardenales, excepto el del número 9, colocado del lado del Evangelio y ocupado por el Card. Pecci, que todavía no era Papa, porque no habia expresado aún su voluntad y podia rehusar.

Los tres Jefes de las respectivas Ordenes presentàronse entónces ante el trono del elegido del Señor, al cual el Cardenal subdecano Di Pietro hizo la siguiente pregunta:

—*¿Aceptas ne electionem in Summum Pontificem?*

El Cardenal Pecci oraba!.....

¿Por qué oraba el Sacerdote eminente—exclama Paul Feval—(1) el hombre de Estado que conocia á fondo la historia lastimosa de nuestro siglo escrita dia por dia? El que Jesus, esposo de la Iglesia, acababa de elegir entre los hombres, por ser el más fuerte, miraba sin duda dentro de su alma, donde penetraba el primer rayo del espíritu infalible, la imágen distinta del mundo, el reino Espiritual. Pensaba tal vez en las debilidades que era preciso fortalecer, en los dolores que necesitan consuelo, porque tal es la sublime mision del Pontífice Romano; llevar, como Jesus, en su pensamiento todas las angustias de la Iglesia Católica, todos los suplicios del mundo cristiano."

×

El elegido contestó á la pregunta de estilo del subdecano, "que no se creia digno de ocupar puesto tan encumbrado; pero que viendo la conformidad de pareceres se poria en manos de Dios."

—*Fiat voluntas tua*, añadió.

Entónces el mismo Cardenal le dirigió esta otra pregunta:

—*¿Quomodo vis vocari?*

A lo que el Padre Santo respondió:

—LEON XIII, en recuerdo de Leon XII, á quien siempre he tenido en gran veneracion.

Despues monseñor Martinucci, Proto-notario apostólico, redactó el acta de aceptacion del Sumo Pontífice, siendo testigos mons. Lasagni, secretario del Sacro Colegio, y mons. Marinelli, Obispo de Porfiro. Habiéndose retirado los tres Jefes de las Ordenes, se llamó à los Cardenales Diáconos Mertel y Consolini, para que condujesen al elegido á la sacristía, en donde se le revistió con los ornamentos pontificales, es decir, con la sotana y medias blancas, chinelas rojas con la cruz, roquete, muceta, estola y solideo blancos.

[1] *Revue du Monde Catique.*

Al volver á entrar en la Capilla, el Sumo Pontífice dió de paso la bendicion papal à todos los Cardenales, y sentado en la *Sede gestatoria*, colocada cerca del altar, recibió de aquellos las primeras adoraciones.

Segun las Constituciones, el Camarlengo es quien debe poner el anillo del Pescador en el dedo al nuevo Papa, más resultando electo en esta vez el mismo Camarlengo, Leon XIII nombró Proto-camarlengo al cardenal Schwarzemberg, para que efectuase la ceremonia.

Su Santidad dió de nuevo su bendicion al Sacro Colegio y salió de la Sixtina para volver á su celda, en donde debia permanecer hasta el solemne momento de la gran bendicion.

Lo que debe llamar más particularmente la atencion es la corta duracion de tiempo en que el Conclave hizo la eleccion. En realidad, ésta se hizo por adoracion, en lo cual el Sacro Colegio dió una prueba de gran sentido político: el catolicismo necesitaba un Papa que fuese aclamado, y no uno cuya eleccion fuese dudosa y resultado de compromisos y transacciones.

×

El Conclave acababa de dar un Jefe á la Iglesia de Jesucristo, venciendo preocupaciones de raza y de nacion, sobreponiéndose á toda idea personal, mirando con supremo desden las pretensiones del liberalismo; justificando, en fin, aquella hermosa expresion del duque de Laval, Embajador de Luis XVIII en Roma: "La Revolucion francesa, señores Cardenales, ha puesto los piés en todas partes, ménos en un Conclave."

El nuevo Pontífice, acudiendo con uncion religiosa al supremo recurso del alma cristiana, la oracion, empequeñeciéndose todo lo más posible, sofocaba en su interior los más tenues vapores del orgullo, para impetrar del Maestro Divino, poder y fuerza para sobrellevar el peso de tamaña dignidad!

De este sentimiento de humildad del actual sucesor de Pedro, dieron formal testimonio los mismos Cardenales. Así el Eminentísimo Bonnechose, Arzobispo de Rouen, que asistió al Conclave; refiere lo siguiente:

"El Cardenal Pecci, que el mártes habia obtenido el mayor número de votos, salió al dia siguiente de su celda pálido y consternado. En la puerta de la sala encontróse con uno de los miembros más venerables del Sacro Colegio, persona de toda su confianza, y le dijo: "No puedo contenerme; siento la necesidad de hablar al Sacro Colegio, porque temo que cometa un error: se me tiene por un doctor, por un sábio, no lo soy: se cree que reuno las condiciones necesarias para ser Papa, y no las tengo. Esto es lo que quiero decir á los Cardenales." Felizmente su interlocutor le contestó con estas palabras: "En cuanto á ciencia y doctrina, no es à Vos á quien toca juzgar, sino á nosotros. En cuanto á las cualidades para ser Papa, Dios las conoce; dejémosle obrar." Obedeció el Cardenal Pecci, y bien pronto las cifras del escrutinio le proclamaron Papa."

El Cardenal Donnet, Arzobispo de Burdeos, decia á su regreso de Roma:

"He visto muy de cerca al Cardenal Pecci. Fué mi comensal todo el tiempo que duró el Concilio Vaticano. Todas las veces que he ido á Roma he tenido con este venerable Príncipe de la Iglesia relaciones frecuentes, y puedo deciros que los lazos de la más íntima amistad reunian nuestros corazones. No tardareis en reconocer en Leon XIII todas las cualidades de Pio IX, de imperecedera memoria. Posee la misma dulzura, la misma facilidad, la misma elocuencia. La ciencia y la firmeza de carácter se unen en él, como en Pio IX, á la más peregrina virtud y á una prudencia consumada. Su humildad iguala á su mérito. Nuestras sillas se tocaban en el Conclave, y os diré lo que ví. Durante el escrutinio que habia de colocarle en la Cátedra de San Pedro, oyendo que su nombre salía más frecuentemente de la urna, y que todas las probabilidades le designaban

como sucesor de Pio IX, ví gruesas lágrimas correr de sus ojos y caer de su mano la pluma de que acababa de hacer uso. La tomé y se la devolví diciéndole: *¡Valor! ¡No es de Vos de quien se trata en este momento! ¡Se trata de la Iglesia y del porvenir del mundo! ¡Si vuestra mano tiembla, la mia está segura!*"

El mismo Cardenal, con motivo de la eleccion, publicó un edicto en que decia á sus diocesanos:

"Durante el Conclave, y despues de la eleccion de ésta mañana, me ha sido posible, por estar junto á mí, contar los latidos de su corazon y ser testigo de sus angustias, cuando, saliendo á cada momento su nombre de la urna sagrada, resonaba en los oidos del Sacro Colegio como un grito de esperanza, y en los suyos como una amenaza ó anuncio del más doloroso sacrificio. No, aunque mi vida hubiera de prolongarse un siglo, no olvidaría la dulce efusion con que respondió á nuestros primeros homenajes, y la ternura de su corazon, inclinado hácia el nuestro, en el momento en que la Iglesia entera, en las personas de los Cardenales saludaba su autoridad soberana."

En fin, el insigne Cardenal Dechamps decia tambien:

"Hemos asistido á un Conclave, y nó cesaremos de dar gracias á Dios por haber visto con nuestros propios ojos la accion del Espíritu Santo en esta Asamblea de más de sesenta Cardenales de la Santa Iglesia Romana. ¡Qué diferencia, muy queridos hermanos nuestros, entre la la eleccion de un Papa y las demás elecciones que se hacen en el mundo! Los miembros del Sacro Colegio, casi todos Obispos, casi todos encanecidos por la edad, despues de haber invocado al espíritu de Dios, de haber asistido al santo sacrificio de la Misa y haber recibido la santa Comunion, procedieron al escrutinio en medio del más religioso silencio, se aproximaron sucesivamente al altar, se arrodillaron, oraron, y antes de depositar su voto en la patena, y en seguida en el cáliz de oro del Conclave,

prestaron juramento en presencia del Espíritu Santo que ha de juzgarles, de elegir á aquél que creian deber escojer segun Dios para Jefe de la Iglesia universal.

"El soplo de lo alto inclinó pronto los corazones hácia un mismo lado, y bastaron tres escrutinios para dar un Jefe al Catolicismo.

"Nós hemos visto palidecer á Leon XIII cuando aceptó el cáliz de su divino Maestro, y Nós hemos oido de su boca las palabras de la naturaleza humana que tiembla con un peso superior á sus fuerzas; pero tambien las palabras de la confianza cristiana que se apoya en Dios para cumplir la voluntad divina.

"El Papa elegido revistióse con los ornamentos pontificios, y recibió la obediencia del Sacro Colegio. En este primer homenaje de obediencia y en las que se verificaron los dias siguientes, hemos visto pasar delante del sucesor de Pedro á la Iglesia católica en sus principales representantes; á los Cardenales de Italia con los de España y Portugal; á los Cardenales de Francia, á excepcion del Arzobispo de Rennes, moribundo; á los Cardenales de Austria, de Hungría, de Bohemia, de Croacia, de Polonia; á los Cardenales de Inaglaterra, de Bélgica, de los Estados-Unidos de América. ¿Qué poder habia podido reunir en Roma á esos ancianos de diferentes naciones? Ningun otro más que la fé en estas divinas palabras: "*Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*"

"Había allí como una vision de la unidad religiosa sobre la tierra, milagro viviente y vencedor de las divisiones nacionales, segun esta promesa del Hijo de Dios: *Erit unum ovile et unus Pastor.*"

VIII.

PAPAM HABEMUS.—LA BENDICION SOLEMNE.—CORONACION DE LEON XIII.

La Metrópoli del mundo cristiano apénas bastaba á contener la muchedumbre de viajeros de todos los países que

diariamente llegaban por las vías férreas, que deseaban conocer al nuevo Papa y recibir su bendicion.

Diariamente á la hora de los escrutinios una muchedumbre inmensa cubria la vasta plaza de San Pedro, y confundiéndose allí los miembros más ilustres de la aristocracia romana con los humildes *cotadini*, los sacerdotes con los seglares, los fieles con los simples curiosos; todos con la vista fija en el Vaticano esperaban la feliz nueva de la eleccion, que sería anunciada por la *sfumata*. Los más impacientes exclamaban á cada momento: "*¿E questa fumata non viene?*" "¿No aparece el humo?"

El miércoles permaneció la muchedumbre en la plaza hasta despues de las 12 y media, más se dispersó, al ver aparecer una columna levísima de humo, exclamando: "todavía no hay Pontífice."

No habian advertido que el humo era blanco, producido por la simple incineracion de las papeletas, á diferencia de la víspera, que habia sido negro por la paja húmeda que se quema con ellas.

Así, pues, la gran plaza estaba casi vacía. A la una y cuarto se abrió la *loggia* ó galeria exterior de la basílica, y apareció el Cardenal diácono Caterini, precedido de la cruz y seguido de numerosos Prelados, y pronunció con voz clara y elevada estas palabras:

"*Anuntio vobis gaudium magnum: Papam habemus: Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum* JOACHINUM, *Sanctae Romanae Ecclesiae presbyterum* tituli *Sancti Crysogoni, Cardinalem* PECCI, *qui sibi nomen impossuit* LEO DECIMUS TERTIUS.

"Os anuncio una gran alegría: tenemos Pontífice: el Eminentísimo y Reverendísimo Joaquin, Presbítero de la Santa Iglesia Romana, del título de San Crisógono, Cardenal Pecci, quien tomó el nombre de Leon XIII."

×

La noticia se extendió con maravillosa rapidez por toda la ciudad, y el alambre telegráfico la trasmitió hasta los